

torio cartográfico de imprescindible utilización. Su libro ofrece una nueva luz sobre el misterio con que se rodeó, intencionalmente, el Almirante. En una labor de investigación, deducción y demostración, en la que quizá la mayor dificultad radicaba precisamente en la enorme cantidad de datos y la fundamental escasez de ideas, Manzano ofrece un monumento de investigación colombina integral que marca época en el análisis histórico, verdaderamente científico, pero encarnado, que rescata el fundamental tema colombino de las pegadizas arcillas de la rutina y el conformismo. Creo puede aplicarse a la obra de Manzano las comprometidas palabras escritas por Febvre en el prefacio a la obra de Morazé, *Tres ensayos sobre historia y cultura* (1948): “no hay pasado concebido como una colección de cadáveres frente a los cuales la misión del historiador consistiría en numerarlos y fotografíarlos. No hay pasado que engendre al historiador; hay historiador que hace nacer la historia. No hay historia, sino historiadores”.

“CABALLERO DE LA LIBERTAD Y OTRAS IMAGENES”. — CARLOS SANCHEZ ESPEJO. — Academia Nacional de la Historia. Col. El Libro Menor, N° 74. 216 p.

Por STEFANIA MOSCA

El discurso como habla, como oratoria, adquiere otro carácter en la dimensión de lo escrito. Cuando alcanza y espesa el lomo del libro, permanece más allá del recuerdo difuso de unas palabras que escuchamos en ocasión de... o con la finalidad de... Pierde, por supuesto, el gesto que acompañó al texto en viva voz. Es ahora, en el libro, una antología dedicada al silencioso goce de la lectura, y, sin embargo, se mantiene. La fuerza de un espíritu dedicado, desde sus primeros tiempos de seminarista, a la reflexión sustancial del hombre, dota de un cuerpo especial, la selección escrita de las diversas intervenciones del autor en campos también diversos, pero siempre relevantes en el ámbito del pensamiento humanista, que conforman la materia de este volumen de la colección.

Un estilo profuso y lleno de imágenes acompaña las reflexiones de Monseñor Carlos Sánchez Espejo. En la oración fúnebre que recitara con motivo de cumplirse el sesquicentenario de la muerte del general José Antonio Anzoátegui, en Pamplona, donde reposan, dignas, sus cenizas, vemos, desde un principio, plasmados los valores de un hombre que tiene ardorosa visión del patrimonio histórico que nos compete. Sigue, bajo esas mismas miras, los pasos de José Félix Blanco en la batalla, en el cruento cruce de aceros independentistas que lo hicieron general y, luego, la humilde figura con la que se recogió en el sacerdocio, cuando consideró cumplida su misión y no lo sedujo el deleite de los vítores ni las glorias del triunfo.

Bolívar lo ocupó desde su plaza, en Barquisimeto, donde pronunció el discurso que subraya el temple y el genio que alumbraron su espíritu libertario.

Exalta la espiritualidad de la obra de Don Andrés Bello y se conmueve por los avatares de su vida. Asimismo, es interesante sopesar la visión que se desprende cuando, por incorporarse como miembro representativo del Estado Táchira en la Academia de la Historia, expone el papel constitutivo de la Iglesia en la Nación y el pueblo venezolanos. En la Universidad de Salamanca, destaca y muestra la presencia de España en América, a través de la figura de Juan Maldonado. El profundo sentimiento religioso del pueblo tachirenses es tema, detallado históricamente, de varias de sus intervenciones donde, como orador, manifestó y reiteró la fidelidad que su oficio le debe a esa región del país. Hace un paréntesis, y realza la labor del Papa Paulo VI, en la iglesia católica y en otro nos brinda un rostro amable del petróleo, “don de Dios” para estas tierras. Finaliza esta antología, la oración que en memoria del Dr. José Armando Pérez, sacerdote fundador de la población de Michelena (Edo. Táchira), pronunciara.

Fuera de las diferencias de credos que podamos sostener, la perspectiva de Monseñor Carlos Sánchez Espejo es un aporte de valor, en el acopio de las concurrencias ideológicas que conforman nuestra historia.

“NOMBRES EN EL TIEMPO”. — JOSE CAÑIZALES MARQUEZ. — Caracas, 1985. Academia Nacional de la Historia. Col. El Libro Menor, Nº 72. 72 p.

Por STEFANIA MOSCA

Introduce este volumen de la colección, una carta de Casto Fulgencio López al autor, donde se evidencian dos particularidades de este libro y del propósito que atraviesa el sentido ensayístico de José Cañizales Márquez. Primero un profundo sentido de lo humano, que percibimos desde la selección de los epígrafes de Pavese y Gallegos, y en segundo lugar, apunta y señala una dolencia propia de nuestras últimas manifestaciones culturales: “el senado de voces rabiosas, de voces pardas, de voces intoxicadas, que se levantan en nuestra República de las Letras Envanecidas”.

Por sugerencia de Don Julio Garmendia, el autor recoge y amplía una serie de títulos publicados en *El Universal*, añade otros y aparece “Nombres en el tiempo”. Sus biografiados consiguen en sus páginas una interpretación profunda y un verdadero sentido de sus obras y de sus vidas. Comprendemos, después de leer el libro, el sentido total de la carta que lo antecede.

Nuestra tradición cultural merece el seguimiento de la intención constructora que atraviesa el libro de Cañizales Márquez. Figuras del quehacer intelectual y de las artes son rescatadas de un injusto olvido. Revaloriza la experiencia de vida y de creación de escritores como Eduardo Arroyo Lameda, su obra aunque breve, significativa, profunda y personal. Casto Fulgencio López, autor de “Lope de Aguirre” y la agudeza de sus paisajes. Se recrea en la honesta sensibilidad de la obra y la vida de Julio Garmendia. Recupera la labor creadora de Joaquín González